

**FRAY FELIX DE ALAQUAS**  
**(Mariano Bessó Planells)**

Por P. VICENTE PERIS



Conocí a Fray Félix, en las vísperas de Navidad del año 1.956. Yo estaba recién llegado a la Misión de Valledupar en Colombia. A mi me correspondió sustituir a los misioneros que estaban en retiros espirituales, y a Fray Félix le tocó, como siempre, quedarse en la misión. Nos conocimos. Hablamos de nuestras tierras de Valencia. Él inmediatamente confesó sus añoranzas de la tierra y se remontó a referirme todo su proceso de vida religiosa. Fué el primer misionero con quien me tropecé y que se me abrió para que lo conociera y fuera captando las vicisitudes de la vida de la misión. Después seguiría enseñándome durante catorce años que estuvimos juntos en la Misión de San Sebastián de Rábago en Sierra Nevada de Santa Marta. Pero Fra Félix no enseñaba a la manera de los maestros; él, sencillamente, vivía. Era el prototipo del FRAILE, además del hombre equilibrado y ecuánime. Era un misionero integral.

Nos tocaron épocas difíciles. Fué la época de la caída de la dictadura de Rojas Pinilla y la instauración de las democracias. Los indios reclamaron a la misión sus derechos de autonomía. Amenazaron con quemar la casa, robaron animales, llegamos a pasar necesidad. Fray Félix no era polémico: con un simple movimiento de cabeza y unas palmaditas a la espalda iba desarmando a los jefes indios que se mostraban agresivos e inconvincentes.

Un día la tribu indígena determinó no mandar los niños a la escuela. Mi primera reacción fué la de aplicar la ley para que se sancionara a los culpables. Fray Félix me disuadió: «Con la fuerza, padre, poco podremos hacer; a la larga son indios y nos van a devolver la pelota». Tenía razón. Con aquella actitud suya iniciaba el cambio de tácticas educativas en la misión y se inauguraban las escuelas, llamadas familiares que después fuimos potenciando en todo el territorio.

Fray Félix como buen valenciano, estaba encargado de la huerta. A dos mil metros sobre el nivel del mar que vivíamos él tenía que luchar contra las inclemencias del tiempo y contra los animales del monte. Pero la misión nunca le hizo falta la verdura y los cereales. A su vez enseñaba a los niños las técnicas de una agricultura elemental que después practicaban en sus ranchos. Él siempre tenía las semillas oportunas para distribuir a quienes le pedían. La figura de Fray Félix subiendo a la Misión con los dos pozales llenos de verdura, el sombrero de paja y el hábito amarrado a la cintura, era probervial. Era el director técnico del internado indígena. Daba clases y enseñaba el castellano a los indios. Los niños depositaban plenamente su confianza en Fray Félix.

Nunca se permitía hacer uso y disponer de las cosas sin el permiso del superior. En ocasiones le increpaba: «Fray usted es tan superior y dueño como yo». Jamás se permitió libertades al respecto.

El orden y el aseo eran para él obsesivos. Téngase en cuenta que esto significaba una permanente lucha por que los indios son sustancialmente desastados. Añádase a esto que yo tampoco soy muy organizado y reconozco que en cantidad de ocasiones le desmontaba todos sus esfuerzos. Me advertía pero nunca se me soliviantaba.

Vivir con Fray Félix era sentirse seguro: no improvisaba; se atenía a lo establecido. Para que él se sintiera a sus anchas lo que más agradecía era que le mandaran concretamente lo que debía hacer. Se desvivía por realizarlo a la perfección.

Su felicidad rayaba en el exceso cuando podía comunicarse con los demás. Era vitalmente extrovertido. Nuestras veladas permanentes comunicándonos los quehaceres, problemas y proyectos eran interminables. Poseía una memoria fácil para recordar hechos y fechas. Y por lo mismo su conversación no se repetía y era fluida.

Fray Félix mantenía un equilibrio nada fácil. Su caracter era ecuánime. Jamás le vi traslucir su mal humor con formas extremas o violentas y además mantenía la simpatía de su sencillez.

En una ocasión realizabamos una boda en nuestra iglesia de la misión Fray hacía de sacristán. Yo inicié las preguntas del ceremonial: «Pascasio quieres a Sirena por esposa tuya». Fray Félix, ante el mutismo del interpelado lo estimulaba diciendo: Si, si quiero. Así fué repitiendo varias veces. Yo un tanto mosqueado y elevando la voz me dirijo al Fray y le digo: Bueno aquí se casan ellos o se casa usted. Fray Félix con su sonrisa desarmante se vuelve a la concurrencia y les dice: ¡que padre éste ¿no?! Todo terminó en una estrepitosa risa de los indios que llenaban las naves del Templo. La nota mas destacada de Fray Félix era su vida de fé: Era un creyente convencido. No era el típico rezador.

Con metódica asiduidad realizaba sus expresiones de fe: Era indefectible a las horas de su oración. Pero todas sus actitudes daban a entender la seriedad de sus creencias.

Hablar con Fray Félix equivalia a entenderselas con un hombre convencido: Ocupar los últimos lugares pasar desapercibido, servir a todos, querer de verdad, afloraba en Fray Félix con la naturalidad de quien lo encarna como una segunda naturaleza.

Tan naturalmente bueno era Fray Félix que solamente se ha advertido al tiempo en que lo hemos perdido.

Alacuás puede felicitarse de dar hombres de la categoría insigne de Fray Félix.